

## ***Aguas*. Alicia Genovese. 2013. Buenos Aires: Ediciones del Dock. 72 páginas.**

En el libro *Aguas*, la poeta y ensayista, Alicia Genovese, parece haber llegado a la otra orilla de su vida y escritura. Este libro clausura una colección caracterizada por el elemento acuático, cuyos momentos anteriores fueron: *Puentes*, *El borde es un río*, *La hybris*.

Un poemario como *Aguas* sólo puede ser recorrido a brazadas: compuesto por poemas largos y cortos –casi haikus por su extensión– que reproducen el ritmo de la respiración al nadar. Este movimiento nos recuerda a otro libro de un poeta argentino, *Crawl*, donde los versos se configuran como una carrera de natación vista desde arriba, por un dios o panóptico que todo lo ve. Héctor Vieltemperley, el nadador-poeta, es a quien también Genovese elige para abrir el libro: “soy el nadador, Señor, soy el hombre que nada/tuyo es mi cuerpo (...)/ mi cuerpo que se hunde/ en transparentes ríos/ y va soltando en ellos/ su aliento lentamente...”. No son casuales las palabras nadador, cuerpo y Señor que la autora elige para abrir su libro. El cuerpo del nadador en *Aguas* cumple un lugar sacrílego en la masa blanda y azulada; llevándonos a distintas visiones del agua –como aquellos dioses antropomórficos convocados en el poemario– que develan su doble carácter: de muerte y vida.

En este libro algunas de sus protagonistas son nadadoras profesionales: María Inés Mato o Diana Nyad, por ejemplo, quienes como si fueran heroínas de una épica acuática, nos recuerdan a Aquiles, tanto por su problemático talón, su debilidad o falta, –María Inés carece de una extremidad, Diana Nyad es, quizás, demasiado grande para seguir nadando– como por su voluntad y fuerza. El agua es el espacio de nacimiento y muerte. La nadadora-escritora se abre camino entre la masa líquida, cuyo fin irreductible es la muerte que sólo llega a partir de la fortaleza y la superación de las vicisitudes presentadas en sus propios misterios. Son mujeres amazonas cuya fuente vital es el agua, tanto de su poder, como lo que suscita el peligro. Se conforma así una doble mirada sobre el elemento, donde inevitablemente todo lo que nos da, nos quita algo: “¿Quién acepta una nadadora sin pie/ o ese imposible desequilibrio?/ con una pierna menos y sin prótesis/ entrenó como una disidente; / en el verso libre encontró ritmos, / palabras que sostuvieron el calor; / en la falta de gravedad el agua/ se llenó de voces; /

nadar es hablar con la respiración”.

Y es ese hablar con la respiración, el que nos recuerda el lenguaje originario de Juan L. Ortíz, habitado por los distintos nombres ancestrales que llaman al mar y al río, y también a sus criaturas: “Lagunas desgajadas/ como sonidos/ desgajadas de su lengua mayor;/lakuma, cuncumén/ espíritu, murmullo de agua./ De qué agua originaria/ me habré desprendido/ para ser también resto de mar/ en un paisaje desaparecido”. En esta cuestión del origen, está también presente la maternidad y el agua como el elemento propio de la concepción y el nacimiento. Cuando todavía estamos en el vientre materno vivimos sumergidos en el agua –el líquido amniótico–, lugar de fuerza para la criatura. Es el desprendimiento de otro líquido el que nos anuncia la despedida del mundo interior materno. Genovese dedica un poema a esta imagen que reconcilia agua y cuerpo en el ser humano: “Despertar con el colchón empapado/ rota la bolsa de agua/ donde nadabas/ en los puntos agitados del ecograma (...)/ Diosa y ninfa/ he sido, mortal temerosa/ arrastrada triunfante, hija,/ por tus aguas”.

A pesar de los epígrafes de poetas hombres, en *Aguas* lo femenino es lo central: construido desde el mundo natural, donde hay una extensión del cuerpo de mujer a una orquídea: “Para permanecer/ saber del agua/ La orquídea para vivir/ necesita convencerse/ de que puede morir”. La nadadora recorre un camino donde en la fragilidad va a encontrar la fortaleza y, la falta que la embellece como en su poesía –sin pretensiones y de corta extensión– recordándonos a una Diana Bellesi quizás en *Eroica* o ligada a la naturaleza como *El jardín*. En otro poema se genera la misma traslación pero con el mundo animal: “Anguila, culebra, tortuga;/ agua del deambular, peces del deseo/ De no haber dejado la casa/ con lo puesto no habría probado/ tantos movimientos, ondulación reticencia,/ no habría sido extranjera tantas veces”. Genovese no escapa a la inscripción de un yo autoreferencial en su poemario, sino que en la construcción de la ninfa acuática aparece como una de las súbditas, dándole vitalidad en las distintas máscaras de filósofos, dioses y criaturas de todo tipo.

A partir de esto, concebir la separación entre cuerpo –humano, animal y vegetal– con el elemento agua es imposible. La poesía de Genovese escapa del terrunio humano, transformándose el agua en el líquido amniótico da la concepción, formación del cuerpo y desarrollo de la escritura: “En el agua pienso/ en el

agua descanso/ encuentro/ la boca blanda/ hacia todas las cosas”. Estamos compuestos por 80% de agua, eso fue un indicio para la poeta que constituyó un libro como la maquinaria que hace andar el cuerpo y el agua en un mismo lugar.

Alicia Genovese vive gran parte de su vida en el Delta, todos los días se sube a una lancha para volver a su casa. El agua, es el cruce para llegar a su otra vida, al otro lado del río. Ese entorno envuelto de la mística acuática es el lugar propicio para un poemario que no manifiesta su lugar de origen: “Lo turbio del agua del Delta/ de lo oscuro trae lo fértil como un cuerpo cercano”.

El lenguaje del agua es el que atraviesa a la poeta que nada en una escritura configuradora de femineidad y cuerpo. Cuerpo, fuerza, cruce, frontera son palabras constantes en este libro que juega con los límites materiales del ser humano. Alicia Genovese da vida a criaturas anfibias de lo escrito, marcadas en el propio cuerpo por ese zambullirse al agua o a la hoja blanco, para luego, “en ángulo de rana/ echar hacia atrás/ lo que no acompaña”.

“Agua, obscenidad del mundo” es uno de los epítetos que elige la poeta para jugar con lo hiperbólico de este elemento. El agua está en todos lados, como un dios omnipresente.

María Sofía de la Vega